



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 41. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Noviembre 1876. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVI

SUMARIO.

Revista de modas, por Joaquina Balmaseda.—Traje para paseo.—Traje de amazona.—Traje para niña.—Vestido para señora con abrigo adornado de flecos.—Manteleta de moda.—Chal de cachemir bordado.—Vestido para teatro.—Traje para salón.—Traje para visitas.—Sombreros de invierno: Sombrero *Amelia*.—Sombrero *Toque*.—Sombrero *Princesa*.—Prendido para teatro.—Peinado *Recamier*.—Gorra para señora de edad.—Fichú de lana.—Fichú de punto de aguja.—Pajes para levantar los vestidos.—Porta-abanico.—

Porta-periódicos.—mosaico de maderas.—Cartera bordada.—Cenefas para toallas.—Rodaja para sacar los patrones.—LITERATURA: El día de difuntos, poesía, por Rafael Ginard de la Rosa.—Amor de madre, por María del Pilar Sinués.—Marina, por Angela Grassi.—Bibliografía, por Vicente Cuenca.—Charada.—Explicación del figurín.—Explicación de la magnífica lámina de confecciones.

REVISTA DE MODAS.

El vestido verdadero de invierno, el obligado para diario, será el vestido de paño, de poca novedad por estar ya sobrado visto el invierno anterior, pero todavía mimado por los favores de la moda, alternando con él los de cheviot, limosinas y tricots, telas todas muy dobles que se combinarán con la faya, el cachemir y terciopelo como adorno ó como combinación. Los colores verde bronce y verde ruso son los preferidos para los trajes de paño, ó el azul marino, vestidos que se adornan con galones, pasamanerías, ó cordones de seda. Los colores marrón en sus variados tonos y ciruela, completarán el panorama de colores para invierno, y las formas seguirán ceñidas, los talles largos y marcando bien el contorno del cuerpo; este carácter y el género breton que se obstina en reaparecer para los vestidos de invierno, serán los dominantes de la estación. El vestido *breton* ya indicado en los trajes de verano, ha sufrido alguna modificación para el invierno, y justo es dar de él algunos detalles á mis queridas lectoras. La túnica lisa y ceñida de adelante y de los lados, va recogida por detrás con una tabla grande y doble, bajo la cual se pierden otros muchos pliegues, el todo sostenido en pouf por una tira bordada ó con galones como el adorno del vestido, y con una línea á cada extremo de botones de nácar ó de otra clase, siempre que sean planos y no muy grandes; tiras igualmente guarnecidas de adorno indican los bolsillos, y la vesta bretona la imita una larga coraza con chaleco, sobre el cual ella junta del talle, adornando el chaleco por arriba y por abajo tiras como las que adornan la túnica, aunque el chaleco sea de terciopelo, que puede lo mismo ser de esta tela que de la misma del vestido: cuello vuelto con doble línea de botones, y grupos de seis á nueve botones en los delanteros de la coraza, adornando su separación del chaleco. Como se ve por esta reseña, el vestido breton no es complicado; tiene cierta originalidad, y adornado en otro tono de su mismo color, no deja de ser de buen gusto: la tela que para él se emplee puede ser vigoña ó paño, marrón, azul oscuro, ó verde ruso, y los adornos consistirán en bordados de lana, galones brochados ó vivos de otro tono guarneciendo los biesses.

Los trajes, que continúan haciéndose sin pliegues ni recogidos, con una sobriedad majestuosa, exigen por lo



1 Á 3. TRAJES PARA SEÑORAS Y NIÑAS.

1. Vestido con cuerpo-blusa para niña.

2. Traje de amazona.

3. Traje para paseo.

mismo las telas ricas; y al efecto la moderna fabricación, dando un paso atrás, nos ofrece los brocados, los damascos, los terciopelos estampados, los dobles tejidos lana y seda, todos esos esplendores de los antiguos tiempos, y con tal profusión, que parece haberse perdido hasta la idea de la fabricación moderna: las mismas jóvenes que hace algunos años no se hubieran permitido una tela fuerte por demasiado rica, dejando el primer vestido de terciopelo para que figurase en su canastilla de boda, usan hoy el terciopelo y los brocados en trajes de

combinación de una riqueza extraordinaria. Creo, sin embargo, este un error de nuestra época, por más que lo mire sancionado por niñas, cuyos padres tienen un tacto especial para todo cuanto se relaciona con sus hijas; pero siempre aconsejaré á las jóvenes las telas y hechuras más modestas de las que autorice la moda, porque sus primeros encantos, y el candor que los avalora, no armonizan bien con atavíos ostentosos. En este género de trajes de combinación, me hablan de uno nupcial hecho en París estos últimos días: el vestido, en gros-armure blanco marfil, era de forma Princesa, sin sombra de pliegue ni arruga desde el hombro al pie: la cola estaba formada por una tabla triple, y un delantal peplum en raso adamascado, guarnecido de fleco musgo, reunía sus dos extremos sobre la cola con tres lazos de cinta de raso y faya, graduados en tamaño y sin caídas: una punta de encaje Lamballe guarnecida de fleco musgo colocada en fichú sobre el cuerpo alto, sostenía el ramo de azahar, y la manga abotonada en toda su costura exterior repetía en su bajo la idea del peplum sujeto también por lazos. Otro modelo que acabo de recibir de París es una combinación brochada y lisa de faya color de nuez, adornada la falda lisa por plegados y bullones caprichosos que se repiten en la manga, y la coraza y túnica, de tela brochada, van guarnecidas de fleco de malla en su mismo color; la túnica forma por delante doble delantal, de los cuales el primero cierra por detrás debajo de la sobrefalda, y el segundo por encima con un lazo. A este modelo acompaña un traje negro rico, con echarpe guarnecido de fleco cardenal y puntilla azul, repitiéndose en el borde de la coraza, cuello y manga, vivos de estos dos colores; es un traje de gran novedad, pero que deben acoger con reserva las personas modestas.

En sombreros me apresuro á recomendar el sombrero *Toque* para las jóvenes, del que ofrece un gracioso modelo nuestro número anterior, más lindo que el que presenta el núm. 11 del adjunto *Correo*. Ambos, sin embargo, corresponden á la misma idea, á la de un gorrito redondo cubierto por completo de plumas. El *Piserraro* y el *María Amelia* en castor ó fieltro, con bridas ó sin ellas, alternarán con el anterior para todas las señoras, y una y otra forma admiten el velo echarpe de tul muy largo, que cruza por detrás sobre el pelo y vuelve en bridas hacia adelante: hay otros que



terminan flotantes por detrás, y pueden ser blancos, negros ó de gasa de color; pero estos últimos que se han indicado últimamente en París, no podrán ser más que un capricho pasajero, porque prestan al rostro reflejos de muy mal gusto.

Como caprichos de ménos importancia aparecidos en el campo de la moda francesa, me hablan del brazalete *Juana de Arco*, con mosqueton para el abanico ó tarjetero, y de la castellana-cuadrante, especie de limosnara de piel con cuadrante que basta presentar al sol y apretar el gancho, para que su aguja marque la hora del meridiano de París.

JOAQUINA BALMASEDA.

## EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

### 1 Á 4. TRAJES PARA PASEO Y AMAZONA.

1. *Vestido con cuerpo-blusa para niña.*—La falda de tela de lana á cuadros, se adorna de un volante plegado con cabeza, y el cuerpo-blusa, hechura muy propia para niñas y jovencitas, cierra por detrás con botones y ojales: el echarpe que forma la sobrefalda es de la misma tela del vestido, cortado al biés, y se adorna con galones y un encaje al borde, que se repite en el cuello y mangas. Sombrero de fieltro gris con diadema de flores bajo el ala, y una ruche de cinta con lazo por detrás en la parte exterior.

2. *Traje de amazona.*—Sigue haciéndose para montar la falda muy negada, casi sin plegado al talle y armada en cintura, apuntada por dentro al cuerpo: éste, de aldetta corta, se abre por delante y se corta por las indicaciones del que dimos el año anterior por esta misma época. Este traje puede ser de cachemir ó paño, y el cuello abierto es de Holanda con tres órdenes de calados. Sombrero cilindro con velo de gasa del color del traje: guantes con bota ó campana.

3 y 4. *Traje para paseo.*—Puede hacerse en lana, seda, ó en combinacion de dos telas, como le presenta nuestro grabado. El chal, el cuerpo-coraza, los paños de la túnica por detrás y una de las caídas que cruzan, son de tela rayada, mientras el resto del vestido es de tela lisa. El núm. 4 muestra el delantero de este chal, de cachemir ricamente bordado, con fleco de seda y lazo de faya para sujetarle en el hombro. Sombrero de fieltro con pluma larga y adorno de flores.

### 5 Y 6. MANTELETA DE MODA.

Patron de la capucha en el mes de Marzo.

Puede hacerse en cachemir diagonal, ó cualquiera otro tejido de buena caída, y nuestros grabados la presentan con entera claridad: está formada por solas dos piezas que se unen en el centro de la espalda, y dos pequeños pliegues en el hombro la ciñen del escote. Nuestro modelo es lana diagonal negra con fleco de borlas de seda, que puede reemplazarse tambien por un buen encaje de lana. La capucha va forrada de seda negra, y lazos de cinta de faya completan el abrigo.

### 7. PORTA-PERIODICOS.

Mosaico de maderas.

Materiales: Carton, papel de lustre blanco y madera, barniz copal, goma arábica, hilo marron, pipas de piña, bellotas, cápsulas de semillas, musgos.

Este modelo recuerda á nuestras lectoras los materiales que deben recoger en sus excursiones campestres, para ejecutar los lindos modelos de este género que les ofrecemos cada año. Este porta-periódicos se cuelga de la pared en un despacho ó gabinete de caballero, y está formado sobre un carton de 36 centímetros de largo por 26 de ancho: en el centro se coloca un papel blanco, y sobre él dos tiras de carton cubiertas de pipas y frutos que sirven para sujetar los periódicos: los grupos de relieve que adornan los ángulos, son flores figuradas por las mismas pipas y capullos, cuya buena disposicion encomendamos á nuestras lectoras, y se sujetan al carton cosiéndolas con hilo fuerte, á cuyo fin, para reblandecerlas, se tienen ántes un rato en agua, y si es preciso se emplea tambien la goma fuertecita: cuando el mosaico está completamente seco, se le da una mano de barniz copal con pequeña brocha, lo que le da apariencia de gran solidez, como si fuera esculpido en maderas finas. Por el revés los puntos se cubren forrando el carton con papel color de madera, y si el porta-periódicos se destina á colgarse en la pared, se fija entre el carton y el forro una ó dos anillas para colgarle.

### 8. VESTIDO PARA TEATRO.

Es de terciopelo color ciruela, de forma princesa, con gran cola, y sin más adorno que un echarpe de seda de color más claro que adorna el escote cuadrado en forma

de fichú, como le muestra el grabado: este fichú es un biés de 30 cents. de ancho por 90 de largo, orillado á un borde de fleco de seda igual y fijado á un lado del escote y en la cintura por lazos de faya, todo en el mismo color. La manga lleva un plegado de seda con biés y lazo, y otro de crespon y encaje. Para un traje claro, el fichú puede ser de malla ó de encaje.

### 9. TRAJE PARA TEATRO Ó SALON.

Este traje severo puede servir para comida ó para teatro, y el cuello vuelto en solapas se corta de manera que la punta que se termina á la derecha, descansa en el ángulo izquierdo. Nuestro modelo es de faya azul marino, adornado de terciopelo azul más vivo y plegado de la misma faya. La coraza cierra torcida, prolongándose en pico por delante.

### 10, 11 y 21. SOMBREROS.

10. *Sombrero Amelia.*—Es de fieltro azul marino, alto de copa y rodeado de ribete de terciopelo de 6 centímetros; una guirnalda de plumas de pavo real y lazada de cinta le adornan por fuera, mientras por dentro le guarnece un plegado de crespon marfil. Dos cintas anudadas descienden por detrás.

11. *Sombrero Toque.*—Es una nueva forma de esta clase de sombreros, cuyo fondo bullonado puede ser de terciopelo ó faya, rodeándole una guirnalda de plumas de pavo real, y terminándole fleco de pluma con cuentas de azabache. Grupo de rosas blancas en la parte posterior.

21. *Sombrero Princesa.*—Esta forma sienta bien á todas las fisonomías, y su ala es de castor negro con el fondo bullonado de faya marfil y encaje de este color. Guirnalda de flores, lazo por detrás y barbas de encaje color marfil.

### 12 y 13. PRENIDO PARA TEATRO.

El encaje bordado en tul, que forma este adorno, le presenta el núm. 13 y se combina con cinta azul de dos tonos, haciendo un grupo para la parte superior del peinado y descendiendo doble el encaje por detrás.

### 14. PEINADO RECAMIER.

Está particularmente destinado á las jóvenes, y puede hacerse por la misma interesada: los cabellos de adelante separados por su raya, se levantan á sujetar en la parte posterior muy altos, y se dispone todo el pelo liso sobre crepé, en diadema que apoya en una trenza postiza. Peine de concha completa el peinado.

### 15 y 16. TRAJE PARA PASEO CON PALETOT.

La forma del paletot de esta clase la recibieron nuestras lectoras en Agosto, y puede ser de paño ó de tela igual al vestido; va guarnecido de pluma y un encaje además, como indica el núm. 16, pero que no es indispensable, como indica el otro modelo. La túnica que estos mismos grabados presentan, es de las llamadas de albornoz, y se compone de tres paños al hilo y uno sólo al biés para cerrarla, y en un modelo es de cachemir negro con galones y flecos, y en el otro es de lana á cuadros, adornada de tela lisa como la falda.

### 17. FICHÚ DE LANA.

Labor de crochet.

Materiales: 220 gramos de lana céfiro, negro y de color, una aguja gruesa para el tunecino y otra delgada para el crochet comun.

Los puntos de estrellas y de gobelinos que, alternados á rayas, forman este pañuelo, son harto conocidos de nuestras lectoras, pero no obstante, el número próximo ofrecerá grabado de ellos en atencion á las nuevas suscriptoras. La labor se comienza por los largueros del pañuelo, que cuenta cada uno 122 cents., y en la cadeneta primera se dobla esta medida, haciendo siempre los menguados en el centro y al fin de las vueltas: se ejecuta á rayas alternadas, y el fleco puede ser anudado ó de borlitas.

### 18. PAJES.

Las túnicas y abrigos ceñidos que se usan, impiden levantar con facilidad las faldas, y los pajes vuelven á ser de gran utilidad. El que muestra el grabado son dos rosetas de acero oxidado pendientes de una cadena de 22 centímetros, unida al mosqueton que se fija en la cintura.

### 19. PORTA-ABANICO.

Para suspender el abanico ó la limosnara se hace un cordon de seda negro ó igual al traje, y se le da una extension de 102 á 104 cents., terminando por un extremo

en un roseton con borlas y ganchos para suspender algun objeto, y otro del extremo contrario.

### 20. CARTERA BORDADA.

Puede ser ofrecida como recuerdo á una persona querida, y se hace en raso ó terciopelo, bordada con oro y aplicaciones de seda. Tiene 30 cents. de largo por 22 de ancho, y el doble fuelle de los lados se corta de 15 cents. de ancho. Uno de los últimos números ha ofrecido, con todos sus detalles, el bordado de cañutillo de oro, y los tallos se hacen con cordon sujeto por puntos negros. El broche y las cantoneras son de plata ó de oro, como correspondan al bordado.

### 22. GORRA PARA SEÑORA DE EDAD.

Un triángulo de tul negro de 32 cents. de largo por 9 de ancho en el centro y 2 y medio de los lados, forma la base, forrando el borde de cinta que sostiene un alambre pasado por ella: debajo del fondo, por detrás, se cose una redecilla de tul griego, y se cubre el fondo de tul con encaje negro tambien. La diadema se copiará fácilmente por el mismo modelo, y los lazos y bridas son de cinta blanca rayada de terciopelo negro.

### 23 y 24. CENEVAS PARA TOALLAS.

Aumentan el número de las que han recibido ya para este objeto nuestras lectoras, y están bordadas con algodon de color á punto de cruz.

### 25. FICHÚ DE PUNTO DE AGUJA.

Materiales: 190 gramos de lana, agujas de acero.

Estos pañuelos de lana fina se llevan como abrigo para las tardes y para casa. Nuestro periódico ofrece de continuo modelos para esta clase de prendas de punto, y el de hoy está hecho á punto liso ó bien punto de faja con lana fina y agujas gruesas, lo que le hace resaltar el calado. Una puntilla de arcos de crochet, unidos unos á otros con fleco anudado, termina el pañuelo, que tiene 116 cents. de extension en los lados del hilo, y 165 en el biés. Para obtener la forma triangular se mengua un punto en cada segunda vuelta, haciendo dos juntos despues de los dos primeros y ántes de los dos últimos puntos que tiene la aguja, y de este modo los dos últimos puntos de la aguja y los dos primeros de la otra forman la costura del centro, para lo cual se ha empezado el pañuelo con 480 puntos partidos por igual en dos agujas. La cenefa se ejecuta á presillas de crochet de cinco puntos, enganchadas flojas la primera vuelta al pañuelo, y luego unas á otras, haciendo en la punta dos en una para darle extension. Cada grupo de fleco anudado por la mitad en una presilla, exige 6 hebras de 18 cents. de largo.

JOAQUINA BALMASEDA.



## LITERATURA

## DIA DE DIFUNTOS.

(Del libro inédito *Melodías fúnebres*.)

### I.

Yo he visto al sol morir en Occidente,  
He visto caer al ave de su rama.  
A cien rios perderse en la alta mar;  
Mas el sol renació sobre mi frente,  
El ave un nido me dejó en la grama,  
Del rio nuevas ondas ví pasar.

No así esas tumbas; nunca devolvieron  
A mi amor lo que á mi amor robaron:  
¡Ellas no dejan nada en pos de sí!  
Mudas como los seres que cubrieron,  
Del afan, que, en su calma, sofocaron,  
En vano el eco buscareis aquí.

¡Nada revelan! La tranquila piedra  
Reverbera á la luz del medio día,  
Cual la marmórea piedra de un salon;  
Tal vez la cubre con piedad la hiedra,  
Tal vez un pié ligero en su alegría  
La pisa del campestre baile al son.

Nada revelan: ¡oh! si revelaran  
Los misterios que oculta su misterio,  
El negro afan del que en la tierra fué,  
Los vivos de los muertos se alejaran,  
Fuera un sitio de espanto un cementerio...  
Dios lo hizo mudo... ¡Dios sabe el por qué!





EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras*  
Plaza de Isabel 2.<sup>a</sup>, II. Madrid.



Dios hizo mudo  
Lo hizo igual, lo  
Como el polvo que  
El de todos los gra  
Se desvanece bajo  
Como de un horm  
No hay estruend  
No hay desdicha  
No hay frente de  
Sobre la que el g  
Deje de deslizarse  
Ejecutor de una

Aquí al hollar  
Una mano de mu  
Ya estoy solo; la  
Lágrimas que en  
Corred cual un t  
Corred! más.  
Que delectee el m  
Mi madre! Enti  
Sobre esta, sobre  
Corred! ¡y vues  
Madre, madre  
En vano entre la  
No sé qué mano  
Por qué á las m  
En la aterida tu  
Madre, tus bla  
Niño dejé mis la  
En tus besos soi  
Y de tus besos,  
Para otros nuev  
Volví sobre un  
En busca de tu  
Solitario, sombr  
Cada tumba qu  
Sin saber si era  
Y á la hora en  
A la hora en qu  
Ningun amor te  
Que en su latir  
No ama aún, n

Los primeros  
Muertos, los m  
Vienen á salud  
Tanta sombra  
Parece que me  
La brisa emba  
¡Oh, tanto co  
Uno soñaba de  
Llena el alma  
Conseguir los l  
¡Ay, al primero  
Se hun  
Otro, en sus  
La llama de un  
Guardaba con  
De su alma gra  
Se desprendió,  
Que a  
Uno amaba  
Y al borde de  
Por aquella m  
Otro hacia latir  
El pecho de un  
¡Ay,  
Todos un du  
Todos llamaba  
Este á su mad  
Y en su negro  
El soldado un  
El po  
Todos el air  
Sin dudas, sin  
A todos algo r  
Todos apénas  
Y ya á todos  
Los tu  
En medio de  
Recorro aún e  
De mi antigu  
¡En él latieron  
¡Oh! ¡dejadm  
Que me lloren



Dios hizo mudo el polvo de los muertos;  
Lo hizo igual, lo hizo leve, fugitivo,  
Como el polvo que arrastra el aquilon;  
El de todos los grandes hombres yertos  
Se desvanece bajo el pié de un vivo  
Como de un hormiguero el vil monton.  
No hay estruendo de fama sobre el mundo,  
No hay desdicha de rico ó proletario,  
No hay frente de vasallo ni de rey,  
Sobre la que el gusano nauseabundo  
Deje de deslizarse funerario  
Ejecutor de una inflexible ley!

## II.

Aquí al hollar el polvo de los que un tiempo fueron  
Una mano de muerto me aprieta el corazon:  
Ya estoy solo; las turbas á la orgía corrieron...  
Lágrimas que en mis ojos las turbas contuvieron!  
Corred cual un torrente que empuja el aquilon!  
Corred! más... esa tumba... Dejad, mis agonías,  
Que delectee el nombre que la sella: esperad!...  
Mi madre! Entre estas rotas, desiertas, tumbas frias  
Sobre esta, sobre esta, corred lágrimas mías:  
Corred! y vuestras fuentes para siempre agotad!  
Madre, madre del alma, mi vida es solitaria  
En vano entre las sombras te busca mi pesar...  
No sé qué mano oscura te aparta funeraria!...  
Por qué á las muertas madres de un hijo la plegaria  
En la aterida tumba no puede aliento dar?

Madre, tus blandos besos perdí tempranamente:  
Niño dejé mis lares, tus caricias dejé;  
En tus besos soñaba mi entristecida frente,  
Y de tus besos, madre, el corazon caliente,  
Para otros nuevos besos en el pecho guardé.  
Volví sobre una ola á impulsos del destino;  
En busca de tu fosa, crucé la ronca mar;  
Solitario, sombrío y eterno peregrino,  
Cada tumba que hallaba en mi incierto camino,  
Sin saber si era tuya me hacia sollozar.

Y á la hora en que la sangre arde como una llama,  
A la hora en que se vive, presa de un frenesí;  
Ningun amor terreno el corazon me inflama,  
Que en su latir, la mano poniendo, digo: *no ama,*  
*No ama aún, no ama; ¡mi madre tengo aquí!*

## III.

Los primeros amigos de la vida  
Muertos, los más, en su primera aurora,  
Vienen á saludarme aquí tambien:  
Tanta sombra de ayer desvanecida  
Parece que me trae voladora  
La brisa embalsamada de un Edén.

¡Oh, tanto corazon que ya no late!...  
Uno soñaba de la instable suerte,  
Llena el alma de ardor y juventud,  
Conseguir los laureles del combate...  
¡Ay, al primero que le dió la muerte  
Se hundió en el ataúd!

Otro, en sus labios niños yertos ahora,  
La llama de una inspiracion gigante  
Guardaba con la leche maternal;  
De su alma grande el ala trepadora  
Se desprendió, cual hoja agonizante  
Que arrastra un vendabal.

Uno amaba perdida la esperanza,  
Y al borde de la tumba fué adorado  
Por aquella mujer que tanto amó;  
Otro hacia latir en lontananza  
El pecho de una madre; otro era amado...  
¡Ay, y tambien murió!

Todos un dulce nombre repetian,  
Todos llamaban á algun sér distante;  
Este á su madre, á su amada aquel,  
Y en su negro delirio me pedian  
El soldado una espada centelleante,  
El poeta un laurel.

Todos el aire del vivir gozaban  
Sin dudas, sin temores ni aterismo;  
Á todos algo retenia aquí:  
Todos apenas de morir acaban  
Y ya á todos parece que ese abismo  
Los tuvo siempre así!

En medio de estas negras destrucciones  
Re corro aún el cerco funerario  
De mi antiguo vergel primaveral.  
¡En él latieron tantos corazones!...  
¡Oh! ¡dejadme que espere solitario  
Que me lloren tambien mi funeral!

## IV.

Y vosotras, las vírgenes ya muertas,  
Las sombras del pasado cuyas frentes  
Sin piedad en las fosas inclinó,  
Ese fantasma que á las tumbas yertas,  
Un pasto de cadáveres rientes  
Por un sarcasmo de la muerte dió;

¡Ay! vosotras tambien entre las hojas  
Que tiemblan de la noche al soplo frio,  
Á mis brazos venís á sollozar.  
Miradme: mis pupilas están rojas  
De llorar tanto, y mi laud sombrío  
Rotas tiene las cuerdas del pesar.

¡Qué me podeis decir con labio yerto  
Que no os haya cantado el alma mía,  
Tumba do la memoria os sepultó?  
Yo, aunque parezco vivo, há tiempo he muerto,  
Y há tiempo que á vosotras mi poesia  
La musa de los llantos consagró.

Há tiempo, sí, que con vosotras vivo;  
En la noche venís en tropel vago  
Y me contáis vuestro doliente afán;  
Con placer en mis sueños os recibo,  
Vuestras formas fantásticas halago  
Hasta que al alba en confusion se van...

¡Pobres niñas! al borde de la vida  
Venían coronadas de azucenas,  
Sin cansarse jamás de sonreír:  
Con extasiados ojos, extendida  
Á sus piés vieron una mar serena  
Que levantaba músico plañir.

Formaban su ventura el vals riente,  
Las orquestas vibrantes, los festines,  
Las aromosas flores del amor,  
Las coronas de perlas en la frente,  
Y esa brisa que eleva en los jardines  
La muelle serenata al mirador.

La vida para ellas era un suave  
Concierto de celestes melodías,  
Una oda vibrando en un laud;  
Cada hora pasaba como un ave,  
Y por sueños contábanse sus días...  
¡Ya en el gran sueño están del ataúd!

¡Adios, amores, bailes, dulces risas,  
Joyas, flores, perfumes, luz!... El mundo  
Se aleja cual la nave que se va;  
Ya sólo os quedan las nocturnas brisas,  
Y de la luna el rayo moribundo  
Que los cipreses plateando está!

## V.

Tú cuyo labio es rojo cual la flor del granado,  
Tu suelta cabellera negra como un nublado,  
Ven, ven á mi afán,

María, la más dulce de todas mis visiones,  
Espíritu secreto de todas mis canciones,  
De donde todas vienen, á donde todas van.

Tú la sombra más pura de entre esas sombras bellas  
Que arrastras, cual un velo, en tus celestes huellas,  
Tu clámide de tul,

De azules alas de ángel y de azules pupilas,  
Que son bajo tu frente dos estrellas tranquilas,  
Esmaltando el azul.

¡Me miras y te alejas!.. ¡No tienes ya en tu boca  
Una de aquellas frases que eran á mi alma loca  
Rocio bienhechor!

Huyes sobre las ramas, leve cual un aroma,  
Cual huye de su nido la cándida paloma,  
Que asombra un cazador.

Oye: á la hora doliente en que viven los muertos,  
Cuando en tropas fantásticas se hunden en los desiertos,  
Se pierden en el mar,

O aleteando trémulos en la ciudad sombría  
Al rayo de la luna que muere la armonía  
Sollozan de un cantar:

Á la hora solemne que en el aire se escuchan  
Sílabas misteriosas, en que las sombras luchan  
Con la primera luz:

En que los negros bosques parece que bostezan,  
Y algunos bultos mágicos lloran, danzan ó rezan  
Al pié de alguna cruz;

¡Ven pensativa y dulce al borde de mi lecho;  
Pon tu mano de sombra en mi agitado pecho,  
Sobre mi corazon,

Que late devorando cual un reloj impaciente  
Las horas de mi vida, en que ya no se siente  
De tu acento de vírgen el argentino son!

RAFAEL GINARD DE LA ROSA.

## AMOR DE MADRE.

NARRACION ESCRITA

POR MARIA DEL PILAR SINUES.

## V.

Un instante despues de entrar Benedicto en el salon  
llegó lord G...

El aire de éste era preocupado, huraño, receloso; es-  
taba indignado con todos y hasta consigo mismo.

La edad le habia vuelto iracundo, dominante y mucho  
más ambicioso de lo que jamás habia sido: conocia que  
iba á cometer una mala accion y se sublevaba al mismo  
tiempo de que pudieran echársela en cara.

—Caballero, dijo á Benedicto: me veo precisado á te-  
ner con V. una explicacion muy grave, puesto que de  
ella depende el porvenir de mi hija.

—La explicacion, milord, sólo puede venir de parte  
de V., y por lo tanto la espero, respondió el jóven con  
una altanera dignidad: yo, añadió, no tengo que expli-  
car nada: vengo á reclamar la mano de María que me  
fué prometida hace seis años, y nada más.

—Es que pudiera ser, caballero, repuso lord G..., que  
la palabra dada al niño, no pudiera yo cumplirla al  
hombre.

—¿Y por qué causa?

—Por algunas que voy á decir á V.

Benedicto quiso responder; pero sin duda sus labios  
contraídos iban á dejar escapar palabras muy duras, y se  
contuvo tomando una postura que, si bien era muy al-  
tanera, daba á conocer que escuchaba.

Lord G... prosigió de esta suerte con acento breve y  
duro, como si se hubiera indignado de sus propias ra-  
zones.

—Yo di mi palabra, concediendo la mano de mi hija,  
á un moribundo, deseoso de suavizar sus últimos mo-  
mentos: luego el moribundo recobró la salud: fué un  
hombre robusto, fuerte, y desapareció el principal mo-  
tivo de mi generosidad y desprendimiento.

—Ese hombre ha muerto, sin embargo; repuso con  
acento lúgubre Benedicto.

—Es cierto, murió; pero ¿habia de ser eterno acaso,  
para obligarme á sostener mi palabra? No murió en aque-  
lla ocasion: murió despues, de otra enfermedad que Dios  
quiso enviarle; pero ha muerto, y eso me releva de mi  
promesa.

—La palabra de un caballero no se desempeña de otro  
modo sino cumpliéndola, repuso Benedicto con frialdad.  
María me pertenece, milord: V. me la ha dado.

—Demos esto por supuesto, contestó lord G...; y res-  
póndame V. ahora: ¿Tiene V. con qué mantener á mi  
hija, segun el rango en que ha nacido y en que ha sido  
educada?

—Caballero, ¡me parece que esas consideraciones son  
de mi cuenta! respondió con amargura el jóven.

—No son sino de la mia en la ocasion presente, amigo  
mio: repuso el embajador dulcificando un poco la voz,  
pues conocia que iba ganando terreno: de la mia que soy  
su padre: eso es lo que sucede todos los dias: nadie en-  
trega una hija hermosa, única, adorada y muy rica, sin  
asegurarse de su porvenir: con que es menester que me  
diga clara y categóricamente, con qué cuenta para man-  
tener á María.

Benedicto no respondió: bajó la cabeza y pareció como  
que devoraba el exceso de su humillacion y de su dolor.

—Señor, dijo: puesto que es necesario que hable, ha-  
blaré: no soy rico; mi arte hasta hoy nada me ha dado:  
¿y para qué? yo no necesitaba de mucho para vivir: aho-  
ra que tengo que trabajar para María tendré tambien  
buen ánimo: alcanzaré gloria; conseguiré hacer mi nom-  
bre grande: hasta entónces tengo una renta regular que  
nos dará para vivir, porque yo no quiero á María rica,  
no, ¡la quiero pobre, sin nada! ¡quiero que todo me lo  
deba á mí!

—Jóven, repuso lord G... con una frialdad que hacía  
el contraste más doloroso con el entusiasmo de Benedicto;  
mi hija no puede ser por ahora su esposa de V.

El jóven no contestó nada al pronto: hubiérase dicho  
que no comprendia las palabras del embajador; pero dió  
un salto atrás y llevó su mano al corazon como si hu-  
biera recibido en él una profunda herida.

—Necesito casar á María con un hombre de posicion  
elevada, de fortuna al mismo tiempo que cuantiosa, in-  
dependiente; pero todavia es muy jóven, y V. tambien:  
por lo mismo, tiene V. tiempo de adquirir una y otra:  
márchese V., amigo mio: si la ama, si la desea para su  
esposa, V. hallará lo que yo ambiciono, lo que necesito,  
lo que quiero para ella.

—Y qué, caballero, repuso el jóven con amargura: ¿es  
así como cumple V. las promesas hechas á mi padre? ¿es  
este el resultado de su buena amistad? ¡Ah! mi pobre  
padre, al bajar á la tumba, no podia prever que su hijo  
habia de ser tan desgraciado!



—No es culpa mía, si á los veinte años vive V. en el mundo sin profesion conocida, repuso duramente lord G...; yo no he sido quien se la he arrebatado, pero soy quien la necesita para mi hija: vaya V. á buscarla, aunque ya es algo tarde: prometo guardarle cinco años la mano de María.

Benedicto bajó anonadado la cabeza: gruesas gotas de helado sudor brotaban de su frente: el llanto de la desesperacion corria por sus mejillas.

De repente la rubia cabeza de María se asomó por entre las cortinas de la puerta: creyendo ya terminada la entrevista, iba al salon por su bordado que habia quedado olvidado allí desde la noche anterior.

Benedicto estaba sentado de espaldas á la puerta. Lord G... hablaba entonces, pero en voz baja; creyó, pues, que podia entrar sin que fuese notada su presencia y se adelantó con paso ligero.

Al pasar junto al jóven, le dirigió á hurtadillas una mirada y vió que estaba pálido y que lloraba.

Entonces se detuvo junto á él, le puso su manita sobre el hombro y le preguntó con dulce voz:

—¿Por qué lloras, Benedicto?

Este levantó la abatida cabeza y tomó entre las suyas la pequeña mano que aún permanecía en su hombro.

—María, le respondió atrayéndola hácia él: lloro porque, segun dice tu padre, no soy bastante rico para que seas mía.

—No te entiendo, balbuceó María asombrada: ¿acaso para casarse se necesita ser ricos?

—Dicen que sí.

—¿Quién lo dice?

—¿Tu padre!

—¡Oh, no! respondió la niña mecendo la cabeza con una ingenuidad, que no por ser encantadora dejaba de ser muy triste: no es mi padre quien piensa eso, ni mi madre ménos, ni tampoco mi tia Arabella. ¡Es mi hermano!

—Hija mía, dijo lord G... severamente: retírate.

—Pero padre, ¿por qué llora Benedicto? exclamó María cada vez más angustiada: ¿y cómo me he de ir viéndole llorar?

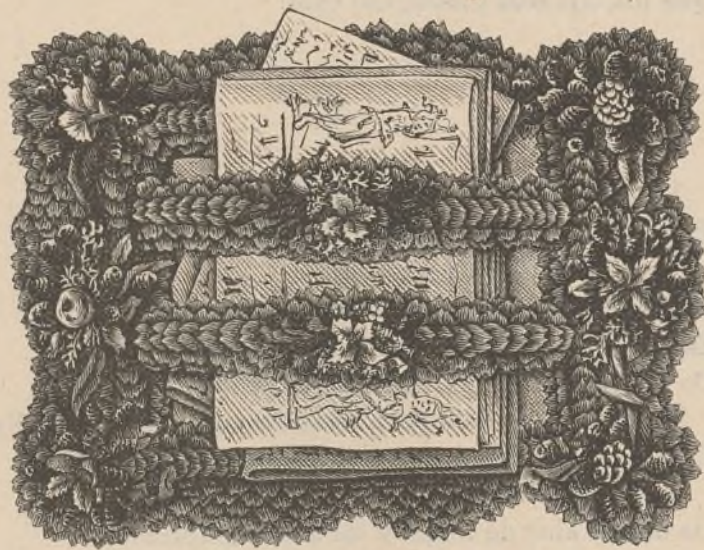
—Yo me asombro tanto como tú de ese llanto, hija mía,



4. Chal elegante. (Véase el núm. 3.)



5. Manteleta de moda. (Véase el núm. 6.)



7. Porta-periódicos. Mosáico de maderas.

respondió el anciano: las lágrimas sientan bien en las mujeres, no en los hombres; ahora no debe llorar, sino alejarse de aquí al instante y trabajar para merecerse.

—¿Quién no siente derretirse en lágrimas su corazón, al ver destruir todas sus esperanzas de dicha! exclamó el jóven: pero perdón, señor, añadió levantándose con entereza: ya me voy, y no me quejo: soy pobre, ya lo sé: pero si hubiera sabido que esto impedía el cumplimiento de una promesa sagrada, hubiera venido rico á buscarla, ó no hubiera venido!

—¿Qué es esto? ¿Te vas, Benedicto? exclamó con terror sumo la doncella, ¿y adónde? ¿cuándo? Mamá me habia dicho que no te separarías más de nosotros.

Benedicto no quiso responder; el llanto y la aflicción le ahogaba; por fin, hizo un esfuerzo supremo,

así las manos de María, y exclamó con voz enronquecida:

—¡Adios!

—Pero ¡Dios mío! ¿qué es esto? ¿adónde te marchas? ¿cuándo volverás?

—Dentro de cinco años, respondió el jóven: á contar desde hoy, dentro de cinco años, María, serás mi esposa, y no habrá poder en lo humano que me separe de tí!.... espérame y confía en mi amor.... no oigas á quien te hable en contra mía.... no creas en que nadie puede amarte más que yo!.... yo volveré.... yo volveré....

¡Adios!

Salió, dichas estas palabras con voz ahogada y ronca; María, yerta de espanto ante aquella inmensa desesperacion, muda de estupor, le siguió con una mirada angustiosa y desgarradora: le vió cruzar vacilando las anchurosas antecámaras y le vió desaparecer á través de la última mampara.

Entonces corrió tras él y le llamó con voz lastimera: —¡Benedicto!.... ¡Benedicto!....

Nadie respondió á sus voces; María

escuchó con ansiedad, oyó cerrar la gran puerta de la escalera y comprendió que Benedicto salía á la calle.

Entonces abrió el balcon del salon donde estaba y salió á él; se ahogaba, nada comprendía de lo que pasaba allí, pero sentía que algo se arruinaba en derredor suyo que le hacia falta para vivir, que algo de terrible tenía lugar en su destino.

La angustia con que sacudía su frente que se abría de dolor y la velocidad de la carrera con que habia seguido á Benedicto habian desatado sus cabellos que flotaban por su espalda; una dalia blanca que habia estado prendida en ellos se cayó sobre su pecho.

En aquel momento vió salir á Benedicto con lento paso; se detuvo bajo el balcon y alzó á él sus ojos llenos de tristeza.

María le arrojó la blanca flor que habia adornado sus rubias trenzas.

—¡Adios, Benedicto! le dijo



6. Manteleta de moda, vista de espalda.



8. Traje y peinado para teatro.



9. Traje para teatro ó salon.





EL CORREO DE LA MODA  
Administracion Plaza de Isabel 2<sup>a</sup> n.º 2

Lit de Ginés Ruiz. Madrid

Ayuntamiento de Madrid



luego con una  
mi..... como y  
El jóven tor  
luego miró al  
querido huir d  
de la calle.  
María le sig  
cayó desploma



Las cuatro  
do se hallaban  
mera.  
La jóven oc  
salita muy li  
Arabela.





luego con una voz llena de lágrimas; ¡adios.... piensa en mí..... como yo pensaré en tí!

El joven tomó la flor, la besó y la guardó en su pecho; luego miró al balcón por última vez, y como si hubiera querido huir de sus pensamientos, echó á correr á lo largo de la calle.

María le siguió con una mirada de angustia, y luego cayó desplomada y presa de un desmayo profundo.

10. Sombrero *Amelia*.

## VI.

Las cuatro de la tarde de aquel mismo día serian cuando se hallaban María y su madre en el cuarto de la primera.

La joven ocupaba un hermoso gabinete dentro de una salita muy linda, que era la habitada por su tía miss Arabela.



15. Traje con paletot.



12. Prendido para teatro. (Véase el núm. 13.)

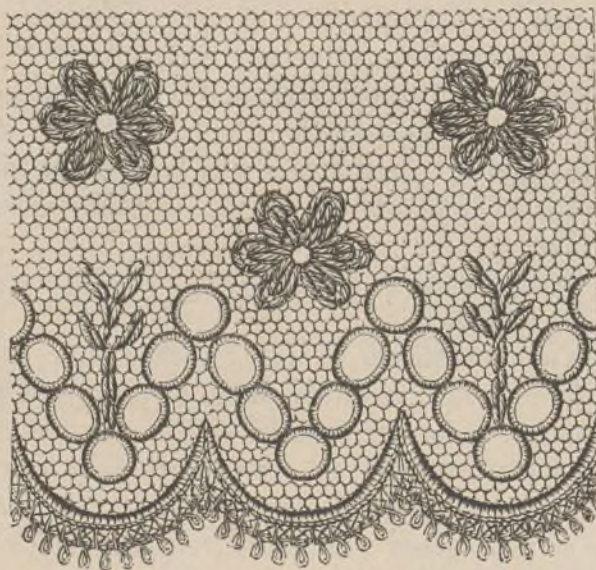
14. Peinado *Recamier*.

El cuarto de María estaba vestido todo de blanco con algunos matices de rosa caído que le daban un encanto y una frescura indecible.

Delante del balcón, y pendientes de una flecha dorada, caían una cortina de seda blanca y otra de seda rosa con cordones muy gruesos de seda que terminaban en borlones de los dos colores indicados.

Un lecho dorado, pequeño y primoroso, ocupaba el frente separado del resto de la pieza por delgadas columnas; aquel lecho estaba vestido y decorado con un gusto admirable.

Las sábanas de batista, guarnecidas de encajes finos y delicados como la espuma del mar, se doblaban sobre una colcha de seda rosa, guarnecida á su vez



13. Bordado en tul para el prendido núm. 12.

de blonda blanca; las almohadas tenían un trasparente rosa. Las cortinas del lecho eran de tafetan blanco con blondas blancas, estaban sostenidas por una corona de plata, y á los lados se recogían con gruesos cordones de seda rosa como los del balcón.

Habia allí tambien una cómoda de marfil, obra admirable de la paciencia de los chinos y que habia sido un regalo á Carmen.

11. Sombrero *Toque*.

por un mandarin de aquella nacion que le habia conocido en Londres.

Las sillas eran de marfil con asientos de raso blanco bordado con ramilletes de rosas, é igual era la tapicería que cubria las paredes.

La mesa de tocador de María, regalo de su hermano, era toda de plata, y de plata era tambien el marco colorado que encerraba el espejo, ovalado y sostenido por guirnalda de flores.

Nada más fresco, más hermoso, más encantador que



16. Traje para paseo.



aquella habitacion virginal; tenía chimenea, cerrada á la sazón por una primorosa pantalla de seda blanca, y sobre ella un reloj de mármol y bronce que representaba á Santa Cecilia tocando el órgano; á los dos lados del reloj y colocados en hermosas copas de porcelana blanca y rosada se veían dos gruesos ramilletes de frescas rosas.

Rodeando el aposento habia un florero semicircular de acajú lleno de flores inodoras, como lirios de Inglaterra, camelias y dalias de todos los colores; pero de estas últimas flores habia blancas en gran abundancia.

Acostada en el lecho se hallaba María; el calor era excesivo, y por esta causa estaban cerradas, las persianas del balcon y corridas además las cortinas dejando la pieza en una semioscuridad.

En medio de aquel centro sombrío se destacaba la seductora cabeza de María, recostada sobre las almohadas, y la bella figura de su madre sentada en la cabecera del lecho.

Cármén tenía entre sus manos una de las de su hija, que estaba temblorosa y fria.

La jóven estaba muy pálida. Sus párpados caídos destacaban su oscura sombra sobre sus blancas mejillas.

De vez en cuando una lágrima ancha, ardorosa y desconsolada salía de sus ojos y descendía hasta su seno.

(Se continuará.)

## MARINA

POR

ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

Alma poética y sencilla, habia vivido siempre en el retraimiento, á pesar de ser la esposa de uno de los monarcas más poderosos de su época, y deseaba pasar en el retraimiento el resto de sus vida, pensando tan sólo en hacer bien y enjugar las lágrimas de cuantos á su alrededor gemían en la desventura.

El alma del niño, fiel espejo de la de su madre, reflejaba con lucidez aquellas máximas evangélicas que ella con tanto afán procuraba grabar en su tierno corazón; máximas que, posteriormente, el duro tratamiento de los hombres no pudo borrar de su memoria.

Comprendía perfectamente aquel dulce lenguaje del corazón que se expresa con un suspiro y una sonrisa, y aunque niño, sabía dar todo su valor á las lágrimas del infortunio, hallándose siempre pronto á compartirlas.

Dividía su cariño entre su madre, las flores de su jardín y los pajarillos, cuyo canto le embelesaba.

Tenía el carácter melancólico y soñador de los poetas, y pasaba horas enteras sumido en una dulce meditacion y contemplando con embriaguez los encantos de la naturaleza.

Los días de la madre y del hijo se deslizaban así serenos y felices, sin que nada viniese á turbar su apacible calma.

Pero en otras regiones se conspiraba contra su dicha. Fedor se encaminaba con paso rápido hácia el sepulcro, y Dimitri, como hemos dicho, era el único obstáculo que se oponía á que Boris se amparase de su codiciada diadema.

La muerte del inocente niño quedó decretada.

Hé aquí cómo cuenta la historia este trágico suceso: Emisarios mandados por Boris se confabularon con el preceptor y el aya del príncipe para realizar el inicuo intento. Atraído Dimitri por el hijo del aya al vestibulo del palacio, tres hombres se arrojaron sobre él y le degollaron, desapareciendo luego sin ser vistos, pues sus cómplices les franquearon la salida como les habian franqueado la entrada.

Cuando María acudió despavorida y desolada ya era tarde, y ni aún tuvo el amargo placer de volver á contemplar el rostro de su hijo, pues una horrible cuchillada le habia completamente desfigurado.

Cundió con rapidez por la ciudad la fatal noticia, y por todas partes se oyeron resonar gritos y amenazas. Alborotóse el pueblo, aunque tan pacífico de suyo, se aglomeró en las avenidas del palacio, y ciego de ira al contemplar expuesto en la sala baja el cadáver del jóven príncipe, se apoderó de los tres emisarios que habian tenido la avilantez, quizá para disimular mejor, de presentarse en el teatro del delito, y les dieron muerte. ¡Corto castigo á crimen tan horrible!

Adujo el preceptor, que se llamaba Samuel, y era un médico judío de gran fama, que el príncipe se habia dado muerte á sí mismo con un cuchillo, en medio de uno de los ataques epilépticos de que solia adolecer; pero nadie oreyó semejante impostura.

Léjos de esto, el pueblo mismo envió á Moscon una relacion circunstanciada del asesinato, pidiendo al Czar

venganza; pero prevista por Boris esta contingencia, habia apostado emisarios en todos los caminos para detener á los correos y apoderarse de sus papeles, ó matarlos si se resistían á entregarlos.

Dióse oficialmente en Moscon la noticia de que Dimitri se habia dado muerte á sí mismo como habia asegurado Samuel, y Fedor lloró sinceramente á su hermano, buscando consuelo en los hipócritas halagos de Boris, sin sospechar jamás que éste fuera el autor de la desgracia que lamentaba.

No se pudieron acallar, sin embargo, todas las voces acusadoras; susurrábase en Moscon que el príncipe, única esperanza de la nacion, habia sido cobardemente asesinado, y aún algunos osaron pronunciar en alta voz el nombre del asesino; pero Boris mandó abrir una sumaria, compró con el oro los testigos que confirmasen la relacion de Samuel, impuso silencio con la muerte á los que querian que brillase la verdad, y con esto logró salvar las apariencias y aquietar al pueblo; pero no aquietó su conciencia, ni pudo arrancar aquel negro borron del libro de la historia.

La inconsolable madre fué á sepultar su dolor en un convento, en donde tomó el velo.

Hasta aquí la historia.

Dimitri contó á sus amigos el suceso del signiente modo:

Una tarde, cerca ya del anochecer, hallábase el príncipe con otro niño de su misma edad, llamado Guillermo, á quien amaba apasionadamente.

Era éste un huerfanito, recogido por su madre, y que compartía sus juegos infantiles.

Divertíanse ambos niños en hacer figuritas de cera en un ángulo de una sala baja, inmediata á los jardines, y su preceptor Samuel, leía, sentado junto á la ventana.

La tarde estaba triste y nebulosa, y aún antes de transponerse el sol, la sombra invadía ya toda la tierra.

Dieron horas.

Samuel dejó el libro, se puso á contemplar el juego de los niños, y dirigiéndose á Dimitri le dijo con desusada afabilidad, pues era de carácter sombrío y sumamente severo:

—Señor, segun veo, amais mucho á Guillermo, á pesar de ser un pobre huérfano.

—¡Más que á mi vida! respondió el príncipe.

—En ese caso, ¿le cederíais sin pesar vuestra fortuna y vuestro rango?

—¡Oh, todo para él! repuso apasionadamente Dimitri.

—Perdonad, insistió el judío, pero creo que si se tratase de darle vuestro magnifico traje y vuestro hermoso collar, no lo haríais.

—¡Me ofende esa duda! exclamó el príncipe resentido.

—Hagamos la prueba. Trocad vuestros vestidos: sed vos Guillermo y que él sea Dimitri.

La novedad de la ocurrencia divirtió mucho á los niños, que al instante cambiaron sus trajes entre risas y algarazas.

—Veamos, repuso Samuel, dirigiéndose á Guillermo que se paseaba por la sala con jactancia, engreído con su lindo traje, veamos, sal á los jardines á ver si te conocen las gentes del palacio.

Mira, creo que el hijo del aya viene buscando á Dimitri, sin duda por orden de su madre; vé á su encuentro. Mirale allí abajo, en el vestibulo....

Guillermo corrió al jardín, Dimitri se asomó á la ventana.

Tres hombres estaban aguardando en el vestibulo.

Dimitri no los vió, fijas sus miradas en Guillermo que atravesaba el jardín contoneándose con orgulloso ademán.

Llegado éste al vestibulo, el hijo del aya le salió al encuentro, y le dijo:

—Señor, llevais un collar nuevo.

—No, dijo Guillermo con desenfado, es el que siempre uso.

Y como alargase inocentemente el cuello, el hijo del aya le dió una cuchillada en el rostro, mientras sus dos cómplices se arrojaron sobre él y le degollaron.

Dimitri, testigo de esta escena, dió un espantoso grito; pero al volverse despavorido, vió detrás de sí á Samuel, quien le cogió entre sus brazos y lo llevó á una torrecilla que estaba en el ángulo opuesto del edificio y le servia de habitacion.

Allí lo dejó sobre su mismo lecho, y salió dando triple vuelta á la llave.

Desde aquel instante, el desventurado niño no habia vuelto á ver la luz; no habia vuelto á recibir las caricias de su madre, ni los perfumes de sus amadas florecillas.

Desde aquel instante, no vió delante de sí más que el sombrío rostro de su preceptor, convertido en carcelero, y nada ya pudo saber que tuviese relacion con su madre y los objetos adorados.

Habitaba en un estrecho recinto que recibia escasa-

mente la luz y el aire exterior por una altísima claraboya con enrejado de hierro. Los primeros días los pasó entregado á una violenta desesperacion; luego la desesperacion se convirtió en estupor, y por fin se vió atacado de una enfermedad peligrosa. Mucho tiempo estuvo en el lecho batallando entre la muerte y la vida, y quizá hubiera sucumbido sin los solícitos cuidados que le prodigaba Samuel.

Un día estaba dormitando, y aunque sabia que su preceptor se hallaba en la estancia, oyó que daban algunos golpecitos en la puerta.

El judío fué á abrir, y se inclinó respetuosamente ante un desconocido, á quien saludó con el nombre de Vasili Chiuski.

—¿Está mejor? preguntó éste señalando á Dimitri.

Se acercó al lecho, y contemplando al niño repuso:

—¡Duerme! ¡Pero no hay duda, es él! Hé ahí la noble fisonomía de Ivan IV, dulcificada por la amante expresion de la bondadosa María!

Es preciso salvarle á toda costa, Samuel, si quieres recibir por entero la recompensa prometida, y cuando yo llegue á ser árbitro del poder, cuantos honores y empleos solícites.

—Mucho me debeis, señor, dijo Samuel con tono sombrío; pues si gracias á una medicina que acudí á propinarle á tiempo, y que le hizo tomar rápidamente el camino del sepulcro, el hijo del aya, que por mi orden desfiguró el rostro del fingido príncipe, no hubiese muerto, no os hubiera sido tan fácil conducir á buen término la sumaria, porque acosado por los más atroces remordimientos, hubiera acabado por confesarlo todo.

También me debeis á mí el haber justificado satisfactoriamente la desaparicion de Guillermo, pues yo declaré que habia huido despavorido al ver muerto al príncipe, y para corroborar mi aserto, me compuse de modo que fuese hallado el cadáver de un niño, destrozado por las fieras, en un espeso bosque.

—¡Mataste á otro en su lugar?

—No; desenterré sencillamente el cadáver de uno que habia muerto aquel mismo día.

—Eres previsor y sabio, Samuel, y reconozco lo mucho que te debo; pero no te cedo la palma en prevision y cordura. Cuando Boris, de quien soy el único confidente, me dió la orden de que hiciese asesinar secretamente al príncipe, pensé desde luego en conservarle la vida; pues vi en él un gaje precioso para imponer mi voluntad al monarca, cuando este monarca se llame Boris, como sucederá muy en breve, ó derribarle, proclamando la existencia del hijo de Ivan IV.

—¡Difícil es eso! interrumpió el judío, cuyos ojos chispearon iluminados por una llama diabólica. Nombrado vos, por el mismo Boris, presidente de la comision examinadora de los hechos, habeis destruido con suma habilidad todas las pruebas, habeis borrado todas las huellas del crimen, y no veo el modo de que más tarde podais atestiguar la verdad de vuestro aserto.

Chiuski le miró fijamente, y tras una breve pausa le dijo con tono entre irónico y amenazador:

—Mi cómplice, sí, sabio Galeno, mi dueño no. Este es un secreto que me reservo por si te diera el capricho de valerte algun día de los que te he confiado, que eres sobrado astuto y entendido. Dimitri en mi poder es un arma invencible; en la tuya un vano fantasma.

Recuérdalo bien, para no aspirar nunca más que á una recompensa proporcionada al servicio que me has hecho.

Terminado ya mi cometido, parto en este mismo instante á Moscon: de ti sólo dependerá el que mañana te regocijes contando tu tesoro, ó te balancees al viento colgado de una encina.

Dicho esto, Chiuski volvió á salir por donde habia entrado, cerrando cuidadosamente la puerta detrás de sí, mientras Samuel murmuraba:

—¿Quién sabe? Yo tengo el precioso gaje en mi poder; ¿quién sabe?

¿Qué era entre tanto del acongojado niño que todo lo habia oido?

A pesar de su corta edad, comprendió que tal vez nunca volveria á recobrar la libertad; que habian borrado su nombre del libro de los vivos, y que se hallaba á merced de sus verdugos.

Pero lo que más traspasó su sensible corazón, fué el saber que quien habia decretado su muerte era aquel mismo Boris que tantas veces le habia tenido sentado sobre sus rodillas, colmándole de caricias.

Sumido en la más horrible desesperacion, concibió la extraña idea de dejarse morir de hambre para burlar los planes de sus enemigos; pero el instinto de conservacion y su fuerte naturaleza triunfaron de su infantil empeño.

No obstante, sea porque Samuel se hubiese asustado al ver la pertinacia de la enfermedad que le aquejaba, agravada por el tenaz propósito del niño, ó porque hubiesen cesado las causas que le obligaban á tenerle tan oculto, le



concedió permiso para pasear por los anchos corredores, lo cual no contribuyó poco á su restablecimiento.

Y así, contando minuto por minuto, pasó el desventurado príncipe diez y siete años de su vida.

—¡Ah! no sabéis, exclamó el joven interrumpiendo su relato, no sabéis lo que es vivir en un sepulcro sin saludar el sol, sin espaciar el alma con la vista de la naturaleza, y, sobre todo, sin hallar á nuestro alrededor ni una sola mirada afectuosa.

¡Infeliz de mí! ¡Qué delito podía haber cometido para sufrir un castigo tan horrible! ¡Cómo no se habían apiadado de mi juventud y mi inocencia!

Un solo consuelo tenía en mi cautiverio, y era la lectura. Samuel, ¡oh, inaudita crueldad! venía todos los días á darme sus lecciones como en tiempo de mi libertad. Causábame tal horror su vista, que al principio me resistía á escucharle; pero sabía obligarme á ello con un látigo, y sólo se retiraba cuando éste estaba teñido en sangre....

Después, la necesidad de fijar mi imaginación en algo, me hizo escuchar sus elocuentes disertaciones, porque Samuel era efectivamente un sabio, y durante la lección, hermanadas nuestras almas por la ciencia, olvidábamos, yo que era la víctima y él que era el verdugo.

Pero terminada la conferencia, ámbos volvíamos á ser lo que éramos antes: él se despedía de mí con una sonrisa de hiena; yo le contestaba con un rugido de salvaje cólera.

¡Oh, refinamiento increíble de maldad! Ilustrar mi entendimiento, enaltecer mi alma para que comprendiese mejor el abismo en que había caído, la pesadez de las cadenas que me ahorraban!

Cuando llegué á la edad de la adolescencia, cuando el eco mágico del amor resonó en mi corazón, no sabiendo donde colocar mis afectos, pedí á Samuel un pajarillo, como aquel que me arrullaba en mis primeros años y que me adormecía con sus dulces cantinelas.

Samuel me miró asombrado: no podía comprender el objeto de mi petición. Su alma seca y egoísta, era inaccesible á todos los afectos, y no comprendía que mi alma necesitaba amar.

Cuando al día siguiente me trajo el avecilla, prisionera en una estrecha jaula, mis ojos se llenaron de lágrimas, porque ví que la había impuesto igual martirio al que yo estaba sufriendo.

—No, no, dije, nó, lleváosla en buen hora y volvedla la libertad. ¿Creís que Dios la ha dado alas para reducirla á los límites de una cárcel tan estrecha? Lleváosla, lleváosla, y devolvedla al espacio, devolvedla á sus hijuelos.

Samuel se encogió de hombros. Creía que estaba loco. —Traedme un rosal en cambio, añadí con vehemencia, traedme un rosal, os lo suplico.

Había tal ardor pintado en mis miradas, que Samuel, temiendo exasperarme, volvió casi al instante con la planta pedida. ¡Oh, con cuánta ansiedad esperé á que se alejase para llenarla de besos! Había una flor entreabierta, y cuando la puerta giró sobre sus goznes, me abalancé hácia la purpúrea rosa, aspiré con delicia su perfume, y acerqué mi palpitante seno á su corola para que pudiese recoger todos aquellos violentos latidos que nadie había compartido hasta entonces. ¡Oh, de cuánta adoración rodeé aquella planta que me tributaba siquiera perfumes en premio de mi cariño! ¡Con qué anhelo la regaba! Ella obtenía mi primera mirada al despertar, ella recogía mi último suspiro cuando me entregaba en brazos del sueño por la noche.

Yo entablaba con ella mil misteriosos diálogos, y la contaba mis penas, y la rociaba con mis lágrimas; cada nueva hoja que brotaba de su tronco era para mí un motivo de felicidad inmensa; cada nuevo capullo que se entreabría, derramaba en mi seno torrentes de delicias. Mas ¡ay! á la pobre flor no le bastaba mi frenético cariño. ¡Su vida eran los rayos del sol y el sol no la alumbraba!

(Se continuará.)

## BIBLIOGRAFÍA.

### MELODÍAS DE OTROS CLIMAS.

por

RAFAEL GINARD DE LA ROSA (1).

Apénas obra poética de las que á cada paso se dan á la estampa, tiene tantos títulos para llamar hácia sí la atención del curioso y del aficionado á esta clase de trabajos, como la publicada recientemente por el Sr. Ginard de la Rosa, y es, que las *Melodías de otros climas* como la llama con oportunidad su autor, revisten el ra-

rísimo ropaje de cierta originalidad en su concepción, que las hace aparecer un verdadero libro de lectura encantadora y amena—tan escasos hoy día—uno de esos estudios de artista que se escriben sobre todo para sí mismo, como si se recreara el poeta ante una pintura favorita, que se ha examinado en todos sus detalles más íntimos, y que, á mayor abundamiento, se ha enriquecido el ideal con los recuerdos más queridos de nuestra infancia y del hogar de nuestros mayores.

Escrita con cariño y entusiasmo la obra, forzosamente tenía que entrañar cierta distinción, pues hasta la erudición misma, cuando se practica con gusto, se resiente del celo que á ella se ha sacrificado, avalorando el conjunto el que detrás del artista se deja ver el poeta y sus cantos, abstractos algún tanto si se nos permite la frase, pero que al personalizarse adquieren un mérito propio, un valor singular.

¡Que el Sr. Ginard de la Rosa era un poeta verdadero, lo sabían sus amigos; pero que era uno de los más notables con que cuenta en la actualidad nuestra esquilada república literaria, no lo ignorará ninguno de los que tengan el placer de leer su modernísimo trabajo!

Producto éste, en su mayor parte, de las impresiones que nuestro poeta recibiera en los diversos países y mares que ha recorrido en su vida errante, presenta, como no podía ménos de suceder, una gran variedad en los temas que sirven á su fecunda y lozana fantasía para bordar y desarrollar sus cantos.

Y sin embargo, á pesar de esta aparente diversidad que se manifiesta en todas sus páginas, y que es á nuestro parecer uno de los mayores atractivos de la obra del señor Ginard, ya le veamos en Cádiz ó Gibraltar dando un adiós á España; ya en Malta, subyugado por las llamas de unos ojos que abrasan su corazón; ya en el Cairo, bajo la gigante sombra que proyectan las Pirámides, mudos y sombríos linderos del desierto; ya en el mar de la India, ya en Manila; después en Singapur, en la China, Golfo de Bengala, Punta de Gales, Mar Rojo, Suez, Port-Said, Estrecho de Messina, Nápoles, Córcega y Marsella, hállese el recuerdo de su adorada patria, como un hilo de oro que va engranando uno á uno esos ecos lejanos del hogar en que se mecía nuestra cuna, y guarda las veneradas cenizas de nuestros mayores, en un mágico y deslumbrador collar de encantadoras y purísimas perlas. Diríase al leer estos bellísimos versos, que este sentimiento era en nuestro elegantísimo poeta: una verdadera nostalgia que los purificaba de todo ajeno contacto.

Aunque, como hemos dicho más arriba, la mayor parte de las composiciones publicadas por el Sr. Ginard de la Rosa, pertenezcan á la serie de impresiones recibidas por la contemplación de los sitios que recorriera en sus viajes por Asia, encuéntranse otras de carácter más subjetivo, en las que el poeta exhala sus quejas, y se nos presenta en todo el esplendor que reviste su fantasía lírica.

En estas, y aún sin pensarlo su autor, vislúmbrense de cuando en cuando en lontananza los reflejos de una grandiosa escuela próxima á su ocaso, si no es que ha traspasado ya los límites de nuestro horizonte.

Los románticos se van, los unos después de los otros, y el mismo romanticismo ha muerto á estas horas.

Este poderoso movimiento que arrastró á nuestros padres está agotado.

En literatura, como en pintura, no tenemos más que restos de escuelas, porque no tenemos ya maestros. En la actualidad todos escribimos y pintamos á nuestro capricho, sin que por esto seamos más originales.

Sin embargo, por un paralelismo que ofrece numerosos ejemplos la historia del arte, vemos aparecer en literatura y en pintura dos escuelas hermanas que, con la pluma y el pincel, amenazan invadirlo todo. El *naturalismo* y el *realismo* están á nuestras puertas pisándonos con impaciencia nuestros talones. ¡Ay! desde ahora puede preverse que nuestros hijos tendrán aún mayor motivo que nosotros para envidiar á sus padres, que, poetas ó artistas, combatían tan valientemente al inscribir en su bandera, los unos la perfección de la forma, los otros el esplendor del colorido.

La duda que nos rodea embarga y paraliza nuestros movimientos.

No vaya á creerse por esto que participamos de la opinión de aquellos, que creen que en poesía todo lo que debía morir está destruido, todo lo llamado á vivir de pie, y por consecuencia, que ya no se trata de discutir.

Los que defienden, como los que atacan, pierden el tiempo, pues á nuestro parecer sólo debe tratarse de continuar la obra de creación, de hacer servir nuestra lengua magnífica, hija de la nueva poesía, y que las producciones ofrezcan un reflejo más ó ménos lejano de la belleza infinita.

Digase que el romanticismo ha emancipado el teatro; que ha añadido ritmos, formas, imágenes á la poesía; que ha creado particularmente la lírica moderna; pero con-

fiécese al mismo tiempo que la mitad de estas formas é imágenes están ya muertas; que ha viciado los sentimientos propios y las ideas personales; que la poesía no ha necesitado del romanticismo para vivir.

La escuela romántica, no puede negarse ha sembrado de colores brillantes su dibujo algún tanto seco, que en un principio deslumbró á los que quería seducir; pero no se puede tampoco desconocer que ha añadido poco al esqueleto primitivo, á la estructura fundamental del idioma. Cuanto más rico era en imágenes, tanto más pobre era en recursos, recursos en que la aventajaba, por todo extremo, la escuela antigua; tampoco en realidad era sábia, pues desconocía los grandes secretos de pureza, corrección, fuerza y precisión, teniendo los desencantos de los hombres gastados, abusando de los reflejos, velando sus incertidumbres y vacilaciones bajo ropas de púrpura, pues si hubiera sido sencilla, hubiera tocado en la vulgaridad, sintiéndose el vacío y lo hueco de sus hipérboles, sus grandes frases y sus imágenes que sólo conducen á la monotonía. ¿Cómo esperar que fuera un signo de valor real esta escuela, y su originalidad inatacable?

El Sr. Ginard de la Rosa, con raro talento, ha sabido eludir la tendencia que por su instinto lo atraía á lo pasado, sin engolfarse en lo que parece será la escuela del porvenir, rehenchida de ciencia, al decir de sus adeptos, y en la que por lo ménos tendrán que estudiar los neófitos un curso de armonía—á tales extremos se deja arrastrar la humanidad.

Dichoso aquel que, como nuestro profundo poeta, ha sabido cantar la naturaleza y el amor, buscando su inspiración en sí mismo, en su fantasía, único eco que le ha sostenido y reanimado sin necesidad de crear, como tantos otros, un lenguaje al mismo tiempo que pensamientos nuevos para rejuvenecer esos viejos asuntos que han gastado hasta la saciedad tantas líras. Dichoso, repetimos, el Sr. Ginard de la Rosa, que al cantar la naturaleza inmortal y el amor eterno, no ha tratado de buscar un modo particular de vestirlos y comprenderlos, pintando en sus robustos, sonoros y elegantes versos el ideal del amor, su pasión por las bellezas infinitas de la naturaleza, de una manera nueva, á pesar de haber sido explotados por los grandes genios que no han dejado nada á sus sucesores.

Lo que se necesita para que la humanidad pueda alcanzar tan altos fines, es que abrigue fe en su pecho por lo bueno y lo bello, como el Sr. Ginard; que no pierda su poesía, que se rejuvenezca, rehaciendo su provisión de ideas y sentimientos falseados por el frecuente contacto de la duda, que aniquila las complejidades más fuertes, pues de lo contrario únicamente tendrá plateros, puros artifices, poetas de forma, versificadores, en una palabra; y la verdad es, que hace tiempo nos hallamos bajo semejante reinado.

VICENTE CUENCA.

Soluciones á la charada que apareció en el núm. 39 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Octubre por las señoritas Doña Adela Santa María, de Cádiz; Doña Cristeta Bona, de Santiago; Doña Juana Gutierrez, de Barbastro; Doña Teresa Izquierdo, de Mondragon; Doña Felisa Santurce, de Logroño; Doña Petra Olivares, de Sevilla; Doña Catalina Quirós, de Lugo; Doña Sebastiana Sanchez, de Toledo; Doña Engracia Azotegui, de Pamplona, y Doña Abelina Torres, de Madrid:

CALAMACO.

## CHARADA.

Cuadrúpedo es la primera  
Con la tercera,  
Y también la segunda  
Lo es con la tercera:  
Se diferencian  
En su distinta especie  
E inteligencia.  
A dos y prima asidos  
Estamos muchos,  
Sudando cada gota  
Como almendruco:  
En tanto que otros,  
En contratos leoninos  
Se llenan de oro.  
Es apellidado el todo  
Muy conocido,  
Y de inmensa influencia  
En ciertos sitios;  
No hay que cansarse:  
Cuando uno viene al mundo  
Su sino trae.

GERÓNIMO COUDEZ.

12 Octubre 1876.

(1) Véndese al precio de 4 reales en las principales librerías de Madrid, pudiéndose también hacer el pedido al autor, administración de la *Nueva Prensa*, Pz. 6.



## EXPLICACION

DEL

## FIGURIN 1.140

FIG. 1.<sup>a</sup>—Traje para señorita de 13 á 15 años.—Falda adornada sobre los costados de delante con un volante fruncido, y encima cinco frunces cosidos con cabeza, todo cortado al biés. El paño de atrás va plegado á la rusa. Túnica drapeada sobre el costado, que lleva una limosnera doble, y atrás, bajo un lazo formado por dos caídas con fleco y un lazo plegado en abanico. Todos los adornos son de faya negra. Peinado con redella sostenida por una cinta azul con lazo de lo mismo.

FIG. 2.<sup>a</sup> Traje para recibir.—Es de lana color de marfil oscuro, adornado con patas de terciopelo nacarado, sujetas con botones puestos ya de un lado ya del otro. Un echarpe ancho del mismo terciopelo, graciosamente anudado á un lado en el bajo de la falda, y lazos de lo mismo en la limosnera y mangas completan su adorno. Mangas y camiseta de 48. Pajes para levantar los vestidos. Encaje. Prendido *Carlota Corday*, guarnecido con cinta y lazos de terciopelo nacarado.

FIG. 3.<sup>a</sup> Traje para niña de 5 á 8 años.—Este trajecito es verdaderamente delicioso. Es de cachemir ó poplin gris, con falda festonada y adornada con terciopelitos rosa. La túnica princesa, completamente lisa y cerrada por tres lazos sin caldas, lleva el mismo adorno que la falda. Botitas grises con feston y botones rosa, y lazo rosa en el peinado.

EXPLICACION  
de la magnífica LAMINA  
DE CONFECCIONES  
que se da de regalo  
á las señoras suscritoras  
de año y medio año.

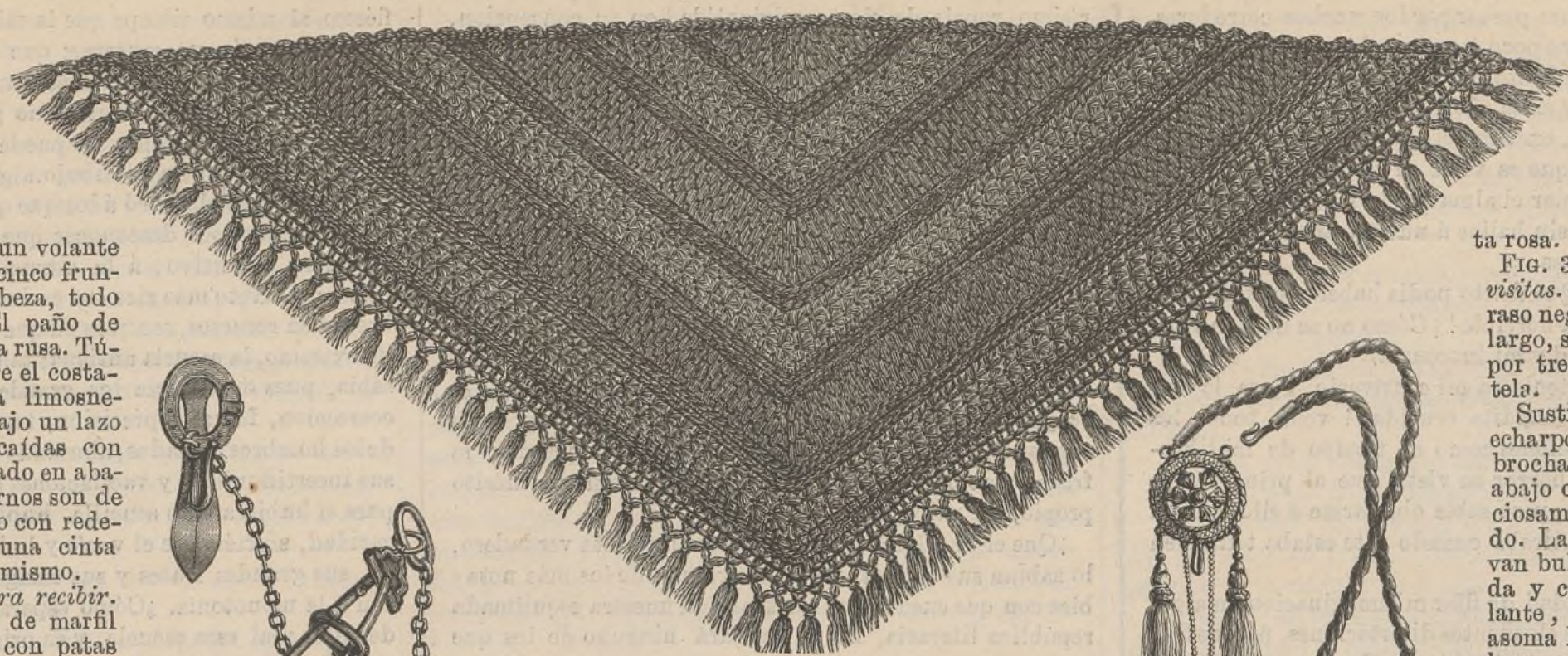
FIG. 1.<sup>a</sup> Falda de seda color carmelita, con túnica de terciopelo negro, adornada con riquísimo fleco y recogida graciosamente por detrás con lazos de color de la falda. Paletot de paño ó terciopelo negro, con un cruzado en medio de la espalda y los costados, hecho con cordón grueso color carmelita, sujeto con botoncitos del mismo color y un biés. Las mangas llevan el adorno de los bieles y botones. Sombrero *Emperatriz*, de faya carmelita, adornado con cintas, plumas y flores.

FIG. 2.<sup>a</sup> Traje de paseo.—Vestido de lana color ciruela claro, guarnecido el mantelo con rico fleco y galon brochado de colores vivos; abrigo de siciliana negra, guarnecido con bieles, botones y ancho encaje.

El abrigo, redondo por detrás, descende en dos largas puntas por delante. Sombrero



23. Cenefa para toalla.



17. Fichú de lana. Labor de crochet.



20. Cartera bordada.



25. Fichú de punto de aguja.



19. Porta-abanicos.

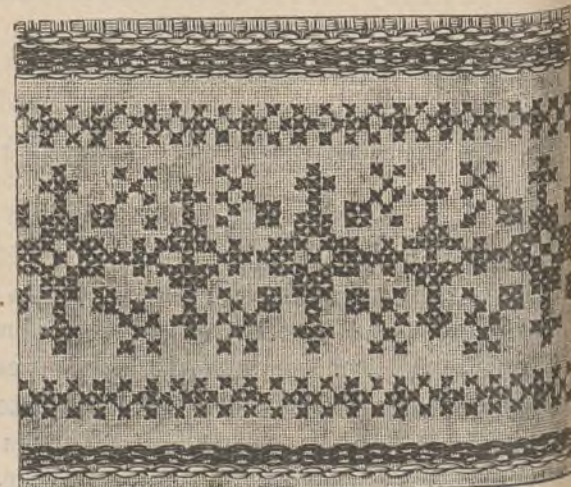
mo' galon adorna el paletot, abierto por atrás. Túnica de cachemir gris plata, brochada en los bordes en forma de cenefa, y recogida por un echarpe ancho de terciopelo negro, dispuesto todo alrededor del cuerpo, y que descende por atrás en una gran lazada. Sombrero *Silveria* adornado con encajes, terciopelo negro y cintas gris plata.

FIG. 5.<sup>a</sup> Traje para paseo y visita.—Vestido de lana color

tronco de árbol, adornado con volantes y ruches de la tela. Confeccion de paño negro, guarnecida de pieles, botones y cintas. Sombrero *Marina*, muy levantado por atrás, sobre un lazo de terciopelo negro, y guarnecido con grupo de plumas blancas por delante.

FIG. 6.<sup>a</sup> Traje para paseo.—Vestido de lana liso, color azul marino, y confeccion de paño negro muy largo por delante y guarnecida de fleco. Sombrero diadema, de terciopelo negro, adornado por delante con una ruche de encaje, y encima grupo de plumas blancas y galones brochados. Cuello y puños de Holanda, y manguito.

FIG. 7.<sup>a</sup> Traje de visitas.—Vestido de faya color azul eléctrico, y confeccion que figura mantelo y manteleta de mucha novedad, de cachemir gris con cenefas brochadas y riquísimo fleco todo alrededor. El mantelo lleva dos cenefas y dos flecos. Sombrero *Rosemunda* de terciopelo gris, adornado con plumas, flores y encajes. Peinado de moda con redecilla. Cuello de Holanda de puntos vueltas y corbata bordada.



24. Cenefa para toalla.

22. Gorra para señora de edad.



Magdalena, de terciopelo color ciruela claro, con grupo de rosas y camelias por delante y encima del bavolet, que termina con largas caídas de cinta rosa.

FIG. 3.<sup>a</sup>—Traje de paseo y visitas.—La falda de faya ó raso negro, va bullonada á lo largo, sostenidos los bullones por tres bieles de la misma tela.

Sustituye á la túnica, rica echarpe de cachemir perla brochado, terminando por abajo con dos ruches, y graciosamente anudada á un lado. Las mangas, estrechas, van bullonadas como la falda y concluyen con un volante, por debajo del cual asoma la manga interior; un lazo completa su adorno. Mantilla española de moda, y manguito.

FIG. 4.<sup>a</sup> Traje de paseo.—Vestido de lana gris oscuro. La falda lleva por abajo un complicado adorno de volantes, bieles y ruches, sujetos con un galon de terciopelo negro brochado. El mismo galon adorna el paletot, abierto por atrás. Túnica de cachemir gris plata, brochada en los bordes en forma de cenefa, y recogida por un echarpe ancho de terciopelo negro, dispuesto todo alrededor del cuerpo, y que descende por atrás en una gran lazada. Sombrero

Núm.

1.<sup>a</sup> E

Papel su

rines,

otro de

Un año.

Seis mes

Tres mes

Un mes.

Los pr

coste de

Age.

Explicacion  
corbata y p  
Transparente  
Java.—Caja  
lámpara: b  
cilla y calad  
por Luisa D  
Felicita.—A  
Correspond

EX

Es la q  
5 y 6 hec  
lelas mues  
necida por  
gue del h  
remitimos

Puede s  
mesa: el b  
gos, que v

Dos tira  
bordadas  
alrededor  
torzal de  
claro, con  
se colocan  
forro de p

Los nú  
puntilla y  
blanca ó  
rente: el  
dos por u  
que sirve  
Con un p  
tarán esta  
cilidad, l  
sobre hul  
con cordo  
coser.

Las pun  
género; l  
do y croch  
tache y ca  
mero 7. A  
mo objeto

Este dib  
presenta,  
tamaño  
cido, 4 c  
dros ejecu  
dos separa  
mente, y  
ra cada c  
dro se seg  
rá la signi  
te explic  
cion: Se  
nen en la a

Las Sras. Suscritoras á la 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> Edicion, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de la 1.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> el pliego de dibujos para bordados.

Administracion, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doctor Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-propietario: Carlos Grassi.